



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Creación y elaboración de *La Florida del Inca*

Autor: Miró Quesada Sosa, Aurelio

Forma sugerida de citar: Miró Quesada, A. (1989). Creación y elaboración de *La Florida del Inca*. *Cuadernos Americanos*, 6(18), 152-171.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año III, Núm. 18, (noviembre-diciembre de 1989).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CREACION Y ELABORACION DE *LA FLORIDA DEL INCA*

Por Aurelio MIRÓ QUESADA SOSA
HISTORIADOR PERUANO

LA FLORIDA DEL INCA, que ha quedado un tanto explicablemente oscurecida por la resonancia y el interés fundamental para el Perú que tienen los *Comentarios Reales* de Garcilaso, constituye sin embargo una obra de atracción indiscutible. Habitualmente se han elogiado en ella dos aspectos. Uno, la parte de elaboración literaria; es la obra mejor escrita —se asegura— desde el punto de vista de la forma, del Inca Garcilaso de la Vega. Ha hecho fortuna inclusive, la frase repetida de Ventura García Calderón, que llama a *La Florida* “una Araucana en prosa”. Desde otro punto de vista, interesa también *La Florida* por la circunstancia de ser, no sólo por la cronología, sino por el desarrollo de la obra, un antecedente, como un preámbulo de los *Comentarios Reales*. Como *La Galatea*, de Miguel de Cervantes, según él mismo lo afirma en el Proemio, le va a servir para adiestrarse para empresas más altas y de mayor importancia, así también *La Florida del Inca* va a adiestrar a Garcilaso para esa empresa de profunda, de definitiva trascendencia en la historia cultural del Perú, que son los *Comentarios Reales*. Los *Comentarios* son reflejo directo de la tierra en que el Inca nació, y de los hombres que también eran suyos. En cambio *La Florida* es la narración, en cierto modo indirecta, de una tierra que no conoció, de hechos que oyó simplemente relatar, de capitanes a quienes (por lo menos los principales) no alcanzó y cuya historia sólo podía decir que conocía, con las viejas palabras del romance, “de oídas que no de vista”.

Pero, además, *La Florida* del Inca Garcilaso tiene otro interés interno. En alguna ocasión he tratado de señalar la importancia que tiene *La Florida*, considerada no tanto intrínsecamente como historia, no tanto por el relato de la expedición de Hernando de Soto

a *La Florida*, que es lo que constituye el tema de la obra, sino si se le mira como un libro de clave, que precisamente en una época fundamental para la formación de Garcilaso, sirve para apreciar lo que él pensaba de la Historia, lo que él pensaba de los historiadores, lo que él pensaba de la literatura. Hay en *La Florida* como una especie de equilibrio entre la historia y la literatura, entre la crítica y la creación, entre lo que el Inca Garcilaso había aprendido en sus lecturas y lo que de él brotaba o empezaba a brotar espontáneamente. Este equilibrio central de *La Florida*, este interés por estudiarla un poco entre bastidores (por decirlo así), por percibir la urdimbre de la obra total de Garcilaso, me ha llamado a menudo la atención y me he detenido en ella en alguna oportunidad. Pero como ocurre también a menudo, yo mismo he hecho alteraciones o correcciones a mi propio cuadro, en este constante tejer y destejer de la investigación histórica y de las meditaciones sobre temas literarios.

Precisamente uno de estos cambios o retoques que quiero exponer aquí, en forma incidental, en su momento, se refiere al instante inicial de concepción de la obra. Se ha estudiado algunas veces este proceso de su elaboración; se ha llegado ahora a precisar la cronología de la redacción de *La Florida* (y agradezco precisamente el interesante estudio que su autor, participante en el Simposio, ha tenido la gentileza de proporcionarme en forma anticipada), pero me parece que podemos avanzar algo más. En mi concepto, si *La Florida* fue publicada en 1605, cuando el Inca Garcilaso tenía ya 66 años de edad, y si se inició su redacción en 1585 o 1586 (ya en el 87 dice que tenía redactada la cuarta parte de ella), o sea cuando el Inca contaba con 46 o 47 años de edad, me parece que podemos adelantar la concepción de la obra —no la redacción sino el proyecto de ella—, hasta 1563-1564, como trataré de demostrar más adelante. Es, por lo tanto, en cierto modo, la primera empresa soñada por Garcilaso en el campo intelectual. Y de esta manera, si es de vejez en la publicación y de madurez en la redacción, es en cuanto al momento inicial de concepción obra briosa, gallarda, sugestiva, de juventud.

Así como se vincula a las etapas cronológicas del Inca, me parece que a *La Florida* hay que mirarla también vinculada a lo que podríamos llamar la "geografía del Inca en Europa". Iniciada tal vez en la época en que andaba en Madrid; escrita evidentemente y madurada en su larga estancia en Montilla (tan bien esclarecida por el excepcional hallazgo de documentos que ha hecho Raúl Po-

rras); apresurada luego en su ejecución en Las Posadas; terminada, rehecha, vuelta a revisar y a rehacer en Córdoba; publicada más tarde en Lisboa y teniendo siempre presente en forma lejana pero intensa su tierra del Perú, *La Florida del Inca* representa así como un reflejo de lo que se puede llamar el mapa vital de Garcilaso. Tales antecedentes me parece que pueden servir como un telón de fondo, en el que trataré de ir precisando, con brevedad en algunos casos, con perdonable latitud en otros, lo que considero fundamental en esta obra del Inca.

Ante todo, el tema y el título o, mejor dicho, el tema a través del título expresivo con que salió a la luz la obra en las prensas de Pedro Craasbeck, en Lisboa, en 1605: *La Florida del Inca. Historia del Adelantado Hernando de Soto, Gobernador y Capitán General del Reino de la Florida, y de otros heroicos caballeros españoles e indios, escrita por el Inca Garcilaso de la Vega, Capitán de Su Majestad, natural de la gran ciudad del Cozco, cabeza de los reinos y provincias del Perú.*

He dicho, sin embargo, que me interesa ver en *La Florida* lo que ella presenta de equilibrio entre el impulso espontáneo de narración de Garcilaso y lo que tiene de ejecución o de elaboración literaria; entre lo que pertenece, por un lado a la Historia (es en verdad, como se sabe, la primera obra histórica del Inca), y lo que pertenece, de otro lado, y por muchos aspectos, al ancho campo de la Literatura. He manifestado, también, que considero que interesa no solamente por lo que representa como tal, sino por lo que puede ofrecer de indicio (a veces peligroso, pero de todas maneras revelador y sugestivo) de las influencias, los modelos, las normas formales, los preceptos que Garcilaso había aprendido en sus lecturas. No voy a insistir en temas que algunas veces he tratado, sino me referiré en forma sumaria a ciertos aspectos generales. Ya aquí, precisamente, el Dr. Durand se ha referido a un tema que él conoce muy bien: "La biblioteca del Inca Garcilaso", o sea el inventario de los libros que dejó a su muerte en su casa de Córdoba, y que no constituyen, desde luego, todos los libros que Garcilaso conoció. En el momento de su muerte el Inca había llegado a los 77 años de edad y muchos libros han de haberse perdido con el transcurso de los años; pero de todos modos, si evidentemente en el inventario no están todos los que son, sí podemos decir que son efectivamente lecturas de Garcilaso todos los libros que allí están. Por lo pronto, en ese repertorio de lecturas aparecen los libros de historia clásica: la *Historia de la guerra del Peloponeso*, de Tucídi-

des, la *Historia de Roma*, de Polibio, las *Vidas paralelas*, de Plutarco, el *De antiquitatibus*, de Flavio Josefo. Luego, entre los romanos, la historia de *La conjuración de Catilina*, por Salustio; los *Comentarios de las Guerras de las Galias*, por Julio César (a quien posteriormente se iba a declarar aficionado); obras de Cornelio Tácito, de Quinto Curcio, de Suetonio; epopeyas históricas como *La Eneida*, de Virgilio, o la *Farsalia*, de Lucano. Entre los historiadores italianos del Renacimiento: la *Antigüedad de Roma*, de Andrea Fulvio; otras *Antigüedades de Roma*, posiblemente de Paulo Manucio; el *Compendio de la historia del Reino de Nápoles*, de Collenuccio; la obra histórica de Guicciardini, a quien en otra ocasión también —permítaseme que lo recuerde— he expresado que considero que Garcilaso demostró inclinación muy especial, no solamente por su conocimiento sino por ciertas afinidades espirituales, que contrastan con el desvío espiritual definitivo que Garcilaso tuvo y debió tener por Maquiavelo. Dentro de los conceptos aprendidos de los historiadores clásicos, además del hecho fundamental de conocer, de establecer y fijar la verdad, había un hondo sentido moral: la necesidad de salvar del olvido aquellas cosas o hechos que debían grabarse en el recuerdo. Este criterio, aprendido o basado en los historiadores clásicos, tuvo en España, por muchas razones, no sólo culturales sino éticas, un arraigo y una difusión extraordinarios. Así Fox Morcillo, por ejemplo, al definir la historia, dice que es una "narración verdadera, adornada y culta de alguna cosa hecha o dicha, encaminada a grabar firmemente su recuerdo en la mente de los hombres". Y verdadera y culta es también la historia de Garcilaso, que desde las líneas iniciales del Proemio del autor al lector de *La Florida* expresa, además en forma clara, que le pareció "ser cosa indigna y de mucha lástima que obras tan heroicas que en el mundo han pasado quedasen en perpetuo olvido".

Pero no solamente este sentido, un poco genérico tal vez, pudo haberlo aprendido Garcilaso de los historiadores clásicos; se encuentra también muy claro y muy marcado, el gusto por decorar, engalanar y animar el relato con arengas y discursos, a la manera de los clásicos; arengas y discursos que servían a veces de simple amenidad, en otras ocasiones para conmover y levantar al lector, y en otras como elementos para poner de relieve de algún modo, aunque fuera imperfecto, el pensamiento íntimo del protagonista o del autor. Así ocurre también con Garcilaso, en casos tan saltantes como los discursos del cacique Acuera, del famoso y soberbio Vitachuco o de Anilco en su desafío con Guachoya. Aunque es difícil tratar de fi-

jar antecedentes dentro de un campo tan común en las letras latinas, tal vez más que del profundo Tácito, del fluido y elegante Tito Livio o del ornamentado Quinto Curcio, pudo haber influido en Garcilaso en la concisión, la sobriedad, la manera de equilibrar la elocuencia de la arenga con la rusticidad de los guerreros indígenas de América, el concreto y preciso Salustio.

En cuanto a los historiadores italianos del Renacimiento, tal vez es interesante señalar lo que puede haber influido en él otra tendencia: el concepto un tanto pragmático o utilitario de la historia, aun cuando se tratara de noble y levantada utilidad. Se consideraba firmemente entonces que la Historia no sólo debía establecer la verdad, grabar los hechos, deleitar al lector, sino que debía extraerse de ella un provecho. No únicamente en el sentido teórico de ser "magistra vitae", maestra de la vida como en la frase de Cicerón, sino en un sentido más inmediato, y más concreto, en un sentido de utilidad más manifiesta, la Historia aparecía como un fino instrumento, que en las manos expertas y persuasivas de un historiador que mereciera tan cabal magisterio, debía animar a los hombres y a los pueblos a proseguir por un útil camino. En esto hay también conceptos generales, aunque el nombre de Maquiavelo es expresivo, por más que insisto en que creo evidente el desvío por él de Garcilaso. En este claro criterio pragmático, y en el consiguiente sistema maquiavélico de las referencias a la actualidad contemporánea, hay también abundantes ejemplos en España. Tal vez cabe citar a Juan Costa, que en su *De conscribenda rerum historia* expresa que la Historia ha de ser de provecho a los descendientes (como más tarde Cabrera de Córdoba diría que "el fin de la historia es la utilidad pública"); y de parejo modo quiere actuar el Inca Garcilaso en *La Florida*, cuando encamina su narración expresamente a un provecho concreto y específico: "el deseo de que por aquella tierra tan larga y ancha se extienda la religión cristiana", llevada allí, desde luego, triunfalmente por las armas de España.

Este propósito esencial se manifiesta en muchos aspectos de la obra, inclusive en cierto reproche que él, tan exaltado panegirista de Hernando de Soto, le señala al propio Capitán: la lástima que, después de tanto esfuerzo, su expedición se terminara sin consolidar "provecho alguno", Garcilaso explica cómo entiende el provecho, y para ello se empeña por impulsar a los demás a que vayan a *La Florida* a una conquista que sea verdaderamente provechosa, consolidada y definitiva. Garcilaso presenta con caracteres hiper-

bólicos la riqueza de la tierra, en forma evidentemente exagerada, cuando habla del oro y de la plata. Hay oro y plata —dice— pero aun cuando no los hubiera en realidad, ello no importa, "que buscándolos se hallarán como cada día en México y el Perú se descubren de nuevo". Y aun en caso contrario, si no se encuentran ni aun buscando, tampoco importa, porque con los frutos y las mieses y los ganados que pueden conseguirse y con la buena tierra y hasta con la seda que se puede criar, se puede contratar en todo el mundo y enriquecer de oro y de plata. Este impulso constante, que hace que Garcilaso quiera que de su Historia se extraigan no sólo estímulos de orden material, sino un alto deber espiritual de cristianización y afirmación, se patentiza en todo momento en *La Florida*. Inclusive hasta sueña con una especie de cooperación continental hispanoamericana, ya que a las armas y a los barcos de España se pueden añadir los caballos de México, socorros y bastimentos de Cuba, Santo Domingo y las islas comarcanas, y aún el aporte posterior de Tierra Firme. El mismo expresa su deseo de participar en la aventura; "De mí sé decir que si conforme al ánimo y deseo hubiera dado el Señor la posibilidad, holgara gastarla juntamente con la vida en esta heroica empresa".

Este carácter moral y este arrogante y resuelto pragmatismo, que en muchos aspectos quiere dar Garcilaso a su obra, se manifiesta —y tal vez en ello un recuerdo particular de Guicciardini con sus Advertencias y consejos— en la serie de frases o proverbios que con tanta abundancia se pueden leer en *La Florida*. Señalaré simplemente unos cuantos, aunque no se trate de frases originales, porque lo importante es que Garcilaso se las apropie y las escriba. "No puede haber nobleza donde no hay virtud", "Donde hay lo uno, (nobleza de sangre) debe haber lo otro (generosidad del ánimo), que son conjuntos, como la fruta y el árbol", "Quien huyere de pedir y tomar consejo, desconfíe de acertar", "De palabras de enemigo no se debe fiar el buen soldado", "El enemigo siempre sea tenido por enemigo y sospechoso, y el amigo por amigo y fiel", "A los osados como gente que lo merece, favorece la fortuna", que es una cita clásica. Y otra frase más práctica y realista: "Con estos trabajos y otros semejantes, no comiendo mazapanes y rosquitas de Utrera, se ganó el Nuevo Mundo", En otra parte dice: "hijodalgo lo es que hace hidalguías". O a veces, inclusive, recoge refranes o proverbios: "no es tan fiero el león como lo pintan", "mal se cobra el pájaro que se escapa de la red", "destruye más un loco que edifican cien cuerdos".

Además de estas claras referencias a los historiadores clásicos y a los italianos del Renacimiento, es necesario señalar algo que es muy marcado en esta historia del Inca Garcilaso: el gusto por los retratos psicológicos, el interés por el carácter; algo que en realidad le viene hasta de modo personal y directo, de los viejos cronistas españoles, el Canciller Pedro López de Ayala o su sobrino Fernán Pérez de Guzmán. Y recalco lo de modo directo, porque como es sabido Fernán Pérez de Guzmán era lejano deudo suyo, ya que una nieta de Pérez de Guzmán, doña Sancha, se casó con un tío bisabuelo Garcilaso de la Vega, padre del ilustre poeta toledano y hermano de Gómez Suárez de Figueroa, el Ronco. Pues, por las páginas del Inca Garcilaso, discurren muchas veces, con la simple y precisa identificación de un adjetivo o la mención escueta de un carácter, soldados que evocan los firmes medallones, de ajustado equilibrio entre el retrato físico y el retrato moral, que había tal vez asimilado de Fernán Pérez de Guzmán. No llega, sin embargo a lo que alcanza sobre todo en la segunda parte de los *Comentarios Reales*, con su insigne galería biográfica de Capitanes de la conquista del Perú. En *La Florida* no se llega a tanto, pero sí tienen fuerza viva: Pedro López, el rústico; Hernando Veintemilla, el soberbio; el alborotado Esteban Añez; el bromista Francisco Sebastián; el gallego Sanjurge, que curaba heridas con aceite y palabras de ensalmo; el regocijado Andrés Moreno, a quien se acostumbraba llamar "Ángel" porque siempre gustaba de matizar sus narraciones con el estribillo "ángeles", "ángeles"; el Factor don Gonzalo de Salazar, coleccionista de recuerdos y de curiosidades; el escribano Baltazar Hernández, modelo de cumplidos funcionarios que llegó al extremo de asentar el flechazo que atravesó de parte a parte el caballo de Juan Díaz en la batalla de Chicaza; el tesorero Juan Gaitán, etc. Acentúa, además, el elogio de la juventud de los soldados. Hernando de Soto era maduro; pero dentro de su madurez no había perdido la gallardía ni el impulso porque en su ánimo —expresa— "no cupiese ser súbdito". Todos los demás soldados eran mozos, y sólo uno, dice él, peina canas; y en un capítulo más tarde lo refrenda y da el nombre: Juan Mateos de Almendral.

Son estos rasgos psicológicos, oportunamente diseñados, los que animan la historia de la expedición de Hernando de Soto a *La Florida*, con caracteres tal vez más expresivos que la minuciosa descripción de las batallas o que las arengas entonadas a la manera de los clásicos. Pero hay otro aspecto, ya francamente literario, que en forma evidente se acentúa en esta obra primera del Inca Garcilaso.

Se podría entrar para aclararlo en la discusión teórica tan habitual en esa época y tan interesante por sus varios matices, de las diferencias entre la Historia y la Poesía. Basándose en la vieja *Poética* de Aristóteles, tan difundida entonces por la edición o versión de Robortello, se expresaba un debate cuya resolución en cierto modo se decidía por la poesía. La Historia —resumamos las frases— presenta los hechos como fueron; la Poesía como debieron ser. La Poesía tiene por eso más de lo universal; la Historia, de lo particular, de los casos concretos. Pero si esto es exacto desde el punto de vista teórico, desde el punto de vista práctico la situación se presenta más compleja. La Historia —se pensaba— está justificada por la verdad de los hechos y la robustez esencial de su relato reside en que los hechos que describe, buenos o malos, venturosos o infaustos, inesperados o normales, han ocurrido en realidad. En cambio la Poesía, para afirmar su mayor valor frente a la Historia tiene que estar justificada por algo más importante que los hechos, algo que sobrepase la simple verdad particular de los datos corpóreos. De allí que si, desde un punto de vista teórico, la Poesía se consideraba más elevada que la Historia, en cambio, en el terreno práctico, de la comparación entre los resultados y las virtudes de una y otra se desprendía con frecuencia, entre los autores más propensos al orden en los siglos XVI y XVII, un veredicto a favor de la Historia.

Al menos había que distinguir, como lo hace por demás Garcilaso, entre la buena y la mala poesía. Garcilaso dice: “que sacada la buena poesía”, es “enemigo de ficciones como son libros de caballerías y otras semejantes”. No voy a tratar de entrar en el detalle de lo que se entendía por buena y lo que se entendía por mala poesía. Voy solamente a recordar que en esta gradación tan minuciosa la peor poesía era la ficción absoluta, la ficción sin medida, la ficción sin base de verdad, la ficción desaforada, la ficción mentirosa de los libros de caballerías. Y como la mentira, además de ser reprobable desde el punto de vista moral, hace disonancia en el entendimiento, desde el punto de vista intelectual (como dice la frase de Cervantes en *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*), resultaba a la postre que los libros de caballería, por mentirosos y por reprobables, debían ser contenidos, suprimidos o, más aún, expulsados de lo que se acostumbraba llamar entonces la República de las letras. El Inca Garcilaso mismo añade estas palabras: “Las gracias de ello (de haber dejado los libros de caballerías) debo dar al ilustre caballero Pedro Mejía de Sevilla, porque con una reprehensión que en la *Heroica Obra de los Césares* hace a los que se ocu-

pan en leer y componer los tales libros, me quitó el amor que como muchacho les podía tener y me hizo aborrecerlos para siempre". No solamente era Pedro Mejía, era la ilustre tradición de grandes humanistas o clasicistas españoles (y en muchos aspectos Garcilaso entra en esa línea), como Vives, Arias Montano, Antonio de Guevara, Malon de Chaide, Fray Luis de Granada, Cervantes de Salazar, Juan de Valdés, el doctor Laguna, inclusive alguien a quien no podemos considerar en esa lista, pero que se asemeja al cabo a ellos, a pesar de haber escrito en su juventud el libro del "esforzado Caballero Don Claribalte". Es el ilustre Gonzalo Fernández de Oviedo, el autor de la *Historia General y Natural de las Indias*. Oviedo también dice que hay que arrojar esos libros de vanidades a los que muchos "prestan orejas", se asombra de que en España se escriban tales obras —con curioso olvido de sí mismo— y añade: "mal se acuerda quien tal escribe y el que semejantes ficciones lee de las palabras evangélicas, que nos enseñan que el diablo es padre de la mentira, luego quien la escribe, hijo suyo será".

Pero el concepto que principalmente recoge Garcilaso no es el conjunto de problemas que plantea la lectura o la escritura de esos libros, sino sólo un aspecto concreto: que "no se confunda lo uno con lo otro" (es una frase habitual en el Inca); que no se confundan con las historias reales, que no anden las ficciones a la par con ellas; que se precise que hay un campo específico de la historia y otro específico de la poesía. Pero aunque son tan marcados esos campos, a veces las polémicas, en lugar de ahondar diferencias, tendían hasta puentes sentimentales inesperados entre un bando y el otro. Así ocurrió, por ejemplo, con las novelas que querían apoyarse en la historia; novelas pseudo-históricas, cuyo ejemplo más alto son tal vez *Las Guerras Civiles de Granada*, de Ginés Pérez de Hita. Pero en otros casos ocurrió lo contrario; que las historias, aun reduciendo la ficción al adorno venían a buscar elementos dentro del campo novelesco. Así sucede con el Inca Garcilaso, de modo sobresaliente, en *La Florida*.

Hay así escenas de novela bizantina, al principio. El Inca Garcilaso, por ejemplo, recuerda a caballeros que, como en *Las etiópicas* o *Historia de los amores de Teágenes y Clariquea* de Heliodoro (que el Inca conocía), pasan entre naufragios, encuentros, pérdidas, hallazgos, reconciliaciones, desventuras. Por paisajes insólitos, avanzando y luchando por entre arcabucos y pantanos, desfilan los bravos caballeros, triunfadores del sueño y la fatiga, abriéndose el camino con la espada para ganar un Reino, dominar a un cacique,

deslumbrarse con perlas fabulosas o complacerse en la arrogancia de arrancarle laureles a la gloria. El decorado no lo forman los anchos y vigorosos árboles del trópico, ni las crestas nevadas de las sierras, sino troncos esbeltos o, en las regiones bajas, toscas marañas y manglares. La caravana rumorosa pasa de bosque en bosque y salta de ribera a ribera de los ríos, en los que a veces las flotas de canoas parecen, por el número, "hojas caídas en el agua".

En otras partes, lo que se manifiesta en *La Florida* es el gusto por las narraciones al estilo de las novelas italianas. Son escenas de fiestas, enaltecidas por la "lindeza de la gala" —la frase es de Garcilaso— en las que se despliega en fino juego una cortesía medieval y renacentista al mismo tiempo. Por las aguas tranquilas navegan en otro momento los bajeles, mientras bate las velas un dulce y fresco viento, y el estilo del Inca Garcilaso se desenvuelve con un ritmo apacible, que recuerda la grácil gentileza de los suaves autores italianos. De pronto el mar se agita; en la oscuridad de la noche, que acrecienta el rigor de la tormenta, hay colisiones con barcos de corsarios y entre el estruendo de la artillería, "todo se vuelve llanto, grito, voces, alaridos y confusión". Entonces el estilo de la narración se hace más vivo y se repiten en la prosa los acentos dramáticos de los altos poetas del Orlando, el autor del *Orlando Furioso*, Ludovico Ariosto, a quien el Inca apellida "divino", y el "ilustrísimo y muy enamorado Conde" Mateo María Boiardo, autor del *Orlando Enamorado*.

Pero lo que da mayor intriga y atracción al relato es —aunque parezca extraño— el carácter lleno de idealizaciones y aventuras que en él se desenvuelve, precisamente como en los libros de caballerías, tan reprochados en teoría. Pero Mejía infundió en el Inca Garcilaso la condenación crítica y conceptual de tales libros; no le pudo hacer perder el punto de vista más limitado de la forma, la complacencia en tales bellas e imaginativas narraciones. Por eso allí están también, en *La Florida*, los ritos del combate, las promesas del señor a la dama y los mensajes de la mujer amada al caballero, la gallardía y la reciedumbre de los mozos, los saludos corteses, las descripciones de templos y palacios, las "cosas de encantamiento", los desafíos, los regalos, hasta la hipérbole humorística, como en el estornudo del cacique Guachoya. Para completar el panorama, hay también la sugestión extraña de los nombres; la misma Florida, llamada así por haber sido descubierta el día de la Pascua Florida; las provincias de Cofachique y de Mauvila, de Hirihigua y de Apalache; los caciques Guachoya, Vitachuco, Anilco, Chisca o Tas-

caluza. Se pensaría en Florisel de Niquea, Felixmarte de Hircania o Policisne de Boecia, si antes que esos nombres fabulosos los que acudieran a la mente no fueran los de otros personajes cuyos nombres se han vuelto legendarios, pero que han existido en realidad: Diego García de Paredes, que se preciaba de detener un molino con un dedo, o el caballero Suero de Quiñones, el del desafiante paso honroso por el Puente de Orbigo.

Para contener los posibles excesos novelescos y mantener siempre firme la veracidad esencial de su relato, el Inca Garcilaso contaba con un instrumento formidable, aparte de su propia honestidad de historiador. Ese instrumento era un amigo suyo, "hombre fidedigno" como él lo llama siempre, participante en las hazañas de Soto en la Florida, testigo por lo tanto de vista y de excepción que le servía en todo instante, quizá para contener al mismo Inca y para hacerlo volver al camino real cuando su imaginación le hacía correr el riesgo de perderse en las nubes. El caballero a quien él elogia, no aparece identificado con su nombre en *La Florida*, pero por una conjetura sutil de Riva Agüero, extraordinario acierto de intuición que ha tenido después amplia comprobación documental, se conoce su nombre. Era Gonzalo Silvestre, soldado de escaso relieve en las crónicas, que estuvo en la Florida y se halló también en el Perú, donde lo conoció el Inca Garcilaso en 1553. Fracasada la expedición a la Florida, muerto Hernando de Soto y enterrado en las riberas mismas del río Mississippi, elegido como su sucesor Luis de Moscoso de Alvarado, los españoles, cancelado su sueño de conseguir la dominación de la Florida, prosiguieron avanzando hacia el Sur, por el Golfo de México, entraron en las tierras del Virreinato de Nueva España, llegaron a la ciudad de México, donde los atendió el propio Virrey Antonio de Mendoza, y luego, desparramándose, unos volvieron a España, otros allí mismo buscaron nuevas aventuras y los más vinieron al Perú a tentar nueva suerte en el sangriento torbellino de las guerras civiles del país. Uno de éstos fue Gonzalo Silvestre, que estuvo en la batalla de Huarina y luego en la de Chuquianga, donde resultó herido en una pierna (de lo cual se quejó siempre porque le quedó huella o defecto hasta el final). Cultivador un tiempo de tierra en los Charcas, no voy a entrar en el detalle de cómo Gonzalo Silvestre intentó vanamente en dos oportunidades se le dieran las encomiendas que consideraba le correspondían, y de cómo fue enviado a España con otros caballeros descontentos, en un episodio novelesco, cuando el Virrey, Marqués de Cañete, los fue reuniendo en una sala en la casa de Gobierno

de Lima, y al tenerlos a todos reunidos los tomó presos y al cabo de pocos días los embarcó para España. Gonzalo Silvestre llegó a la Península, hizo su información de servicios en Valladolid en 1558, y encontró a Garcilaso en Madrid, entre 1561 y 1563, cuando el Inca se hallaba buscando vanamente que el Consejo de Indias le concediera lo que le correspondía por los servicios de su padre en América y por los bienes patrimoniales de su madre Chimpu Oclo.

Como lo he anticipado al comenzar, creo que es precisamente este momento el que puede marcar el primer intento, el proyecto inicial de *La Florida*.

El Inca Garcilaso dice, efectivamente, en el Proemio, al referirse al encuentro con Silvestre y a su deseo de escribir la obra, que "aunque de ambas partes (Silvestre como relator, él como escribiente) se deseaba el efecto, lo estorbaban los tiempos y las ocasiones que se ofrecieron, ya de guerra, por acudir yo a ella, ya de largas ausencias que entre nosotros hubo, en que se gastaron más de 20 años". Pues bien, observemos un poco las circunstancias y las fechas: ausencia por guerra y 20 años. Se sabe concretamente por el propio Garcilaso, en los Preliminares de la traducción de los *Diálogos de Amor* de León Hebreo, que en 1586 escribía *La Florida* y en 1587 había ya alcanzado la cuarta parte de ella. Por lo tanto, supongamos la redacción inmediatamente anterior al año 86 o al año 85. Los veinte años menos no debemos juzgarlos así como así, sino vinculados al otro aspecto: ausencia y guerra. Se sabe concretamente, por los documentos encontrados en Montilla, que Garcilaso estuvo poco tiempo en la guerra contra los moriscos sublevados en las Alpujarras de Granada, entre 1569 y 1570. Pues bien, esto coincide con el otro aspecto negativo o de dificultad señalado por Garcilaso, las largas ausencias que entre él y Silvestre hubo. Precisamente el año 70 se hallaba Gonzalo Silvestre en Madrid y allí le encontró Antonio de Herrera, quien lo refiere así en la Década séptima. Pero retrocedamos algo más. El 85 menos veinte años (si se toma literalmente a Garcilaso), nos lleva a 1565. El Inca cuenta que Gonzalo Silvestre era llamado y consultado como hombre fidedigno por el Consejo Real de Indias, "como yo lo ví"; por lo tanto —y es reveladora la coincidencia— alrededor de 1563. Y aquí viene algo más interesante, lo que me parece que pudo haber sido el motor, el impulso inicial de la obra: la reacción que se produjo en Gonzalo Silvestre y que determinó el estado de espíritu con el que Garcilaso inició *La Florida*.

Eran precisamente los años en los que la Florida se hallaba so-

metida a una doble amenaza: perderse no sólo para España sino para la Iglesia Católica Romana. La amenaza partía de Francia, que no sólo era nación rival sino, lo que era aún más grave en el concepto de Garcilaso y de Silvestre, significaba la amenaza de la Francia hugonote. El Almirante Gaspar de Coligny —que ya en otro momento, soñando con América, había puesto los ojos en el Brasil— había enviado a la Florida a Jean Ribaut, que arribó allí con su aliado René de Laudonnière. Cantando salmos y fundando ciudades, había puesto allí nombres franceses: la Seine, Garonne, Charante, Français y otros más. Y luego con el intento de reforzar esta colonia francesa en la Florida, Ribaut regresó a Europa en 1562; en 1563 publicó en Londres una relación sumaria de su viaje, que llegó a interesar, según parece, a la Reina Isabel; y más tarde volvió a ser enviado por Coligny para que reforzara a la pequeña guarnición francesa que había quedado en la Florida. Fue solamente con la ida de Pedro Menéndez de Avilés, enviado por España (al principio venciendo mucho desánimo y mucha resistencia) y con el triunfo definitivo que obtuvo Avilés, como se canceló esta amenaza que —hay que repetirlo— era no sólo para España sino para la Iglesia Católica Romana.

La conmoción general que produjeron estos hechos, precisamente en aquellos años del encuentro de Garcilaso con Silvestre en Madrid, me parece que puede explicar en cierto modo la reacción particular de Gonzalo Silvestre y el eco inmediato en Garcilaso. Es verdad que Garcilaso no se refiere concretamente a esta amenaza sino en dos episodios: al final, cuando habla de "ciertos corsarios franceses" que pretendían asentar y poblar en la Florida; y en otro momento, cuando habla de "los herejes de estos infelices tiempos" que han querido hacer su asiento allí. (En otro momento, aunque con referencia a una época anterior, en 1538-39, habla también de que los franceses habían asaltado y destruido La Habana; y aún, en otro pasaje, se refiere al peligro que representan para España las naciones comarcanas, "inficionadas por abominables herejías".) Aunque esto es todo lo que me parece haber encontrado a este respecto, considero también expresivo que la obra termine no con un capítulo sobre Hernando de Soto, ni sobre su sucesor Luis de Moscoso de Alvarado, sino con el recuento de los mártires y las víctimas, seculares o religiosas, que había dejado precisamente la expedición de Pedro Menéndez de Avilés en la Florida.

En todo caso, para abreviar, lo concreto es que Garcilaso estuvo con Silvestre, que lo llama a menudo "mi autor", "el que me dio

la relación'', '‘hombre de mucha fe’', que luego, con el temor de que Gonzalo Silvestre muriera y la obra quedara trunca (porque si moría Silvestre no habría quien relatase, y si moría Garcilaso no habría quien escribiese la historia), el Inca se trasladó a Las Posadas, entre 1587 y 1589, según se sabe bien por los preliminares de la traducción de los *Diálogos de Amor*, de León Hebreo, ya que Las Posadas era el lugar a donde había ido Gonzalo Silvestre en busca de unas hierbas que lo curaran de sus bubas, que lo tenían achacoso y convertido en '‘hombre de mala condición’'. No voy a entrar tampoco en el detalle de las varias etapas de la composición de *La Florida*. Recordemos, simplemente, lo fundamental de esas fechas: 1586, 1587, 1589. Pero, entre tanto, ya considerada terminada la obra, en 1590, tuvo un apoyo más, que le sirvió para reforzar la versión oral de Gonzalo Silvestre, y para actuar de contrapeso en cualquier excesivo vuelo novelesco. Ese elemento de retoque y de apoyo (fundamental para todo humanista que se preciara, como el Inca, de serlo), fue el cotejo con dos fuentes escritas, que le llegaron al Inca Garcilaso precisamente por entonces. Eran dos relaciones. Una, las *Peregrinaciones* de Alonso de Carmona, cuyo manuscrito le fue enviado directamente por su autor (o sea, antes de marzo de 1591, fecha de la muerte de Carmona), en ocho pliegos y medio de letra muy recogida. La otra, la *Relación* de Juan Coles, que abarcaba 10 pliegos en letra procesal muy tendida y era posiblemente un escueto apunte de soldado, entregado por aquel veterano combatiente, natural de la villa de Zafra, al ilustre franciscano Fray Pedro Aguado, quien —cuenta el Inca quizá con algún recuerdo novelesco— lo había dejado en poder de un impresor en Córdoba, donde lo encontró Garcilaso medio comido de polilla y ratones. En todo caso, el Inca afirma concretamente en el Proemio que ya tenía su obra escrita cuando llegaron esas dos relaciones a sus manos, pero que al encontrarlas conformes con ella resolvió rehacer su historia, volviéndola a escribir de nuevo por considerar que estaban en todo contestes con '‘su autor’'. Como ambas historias se han perdido, y no se conocen sino a través de las citas que hace de ellas el Inca Garcilaso, no se puede entrar en un cotejo. Pero sí quiero dedicar unos minutos a una obra que tiene un interés muy peculiar, porque está de por medio no solamente la veracidad, sino, en cierto modo, la honestidad intelectual de Garcilaso. Me refiero a una historia sobre los mismos sucesos publicada años antes: a *Relação verdadeira dos trabalhos, que o Governador don Fernando de Souto e certos fidalgos portugueses passaram no desco-*

brimento da provincia da Florida, escrita en portugués por un a ún no identificado Hidalgo de Elvas y publicada en Évora en 1557.

Pedro Fernández del Pulgar, en su *Historia General de las Indias Occidentales*, continuación de las *Décadas* de Herrera, considera que Garcilaso leyó al Hidalgo de Elvas, aunque no lo menciona.

En realidad, hay circunstancias que parecen hacer sospechar su conocimiento por el Inca Garcilaso, pero son circunstancias que se refieren sólo a lo menudo, al detalle, con discrepancias en lo fundamental. Lo fundamental de *La Florida del Inca* es —me parece a mí— más que el relato mismo de una hazaña, la exaltación, el tono, la afirmación, el criterio, el propósito, el elogio de las virtudes de los españoles y los indios. Nada de esto se encuentra en el Hidalgo de Elvas. Con respecto a los indios, el Hidalgo no dice sino que son bien proporcionados, que los de la costa son más altos que los de la sierra, que están bien comidos y no más. En cuanto a los españoles los presenta como hombres duros, crueles, que aporreaban (o entregaban a los perros a los indios), cortaban brazos, rompían cabezas, cercenaban lenguas y narices. Por otra parte, hay en él no poco de orgullo local, pero ni siquiera portugués, en general, sino un orgullo local más restringido: la vanidad de los hidalgos de Elvas. No hay ningún propósito general en la historia, ningún cuadro armonioso de conjunto, ni un acento épico, ni un sentido político. Es sólo una sucesión, un relato vivo, que nos parece muy verdadero y fidedigno, pero que no tiene trascendencia. Aun en los detalles, hay diferencias en lo fundamental. Así dice que Soto nació en Jerez de Badajoz, cuando Garcilaso, como los demás cronistas, afirma que nació en Villanueva de Barracarrota. Luego, al tratar de la muerte de Soto, de su enfermedad y de las fechas, las discrepancias son notables, cuando en estos aspectos, si hubiera alguna influencia directa, no deberían de ningún modo discrepar. Además, la obra del Hidalgo de Elvas, de gala literaria y de imaginación tiene muy poco. Hay una que otra frase hermosa dentro de la pobreza general del estilo, con repeticiones constantes de pretéritos: "picaban, pasaban, lanzaban". Hay algunas arengas entonadas ("muy alto y poderoso señor"), pero en conjunto no se encuentra lo que hacía suponer el epigrama de los preliminares ni el prólogo mismo de la obra, que, pensando tal vez en la navegación de los portugueses por tierras y mares nunca antes navegados, hace soñar en una empresa por regiones remotas, con entusiasmo por lo exótico. El epigrama de Fernando de Silveira anuncia un libro que cuenta lo que ocurre en "outros mares, outras terras",

y hace suponer que hay hazañas y guerras, que “espantan y dan placer, ponen terror y dan dulzor”; aunque en realidad no hay mucho temor, ni hay mucho espanto, ni mucho dulzor en esta versión tranquila, sobria, sin brillo, sin brío, pero eficaz del Hidalgo de Elvas. Sin entrar en mayores pormenores, expresaré que el Hidalgo de Elvas tiene efectivamente el sentido directo del participante (a veces habla en primera persona del plural: “hicimos, fuimos”), pero carece de la cultura del Inca Garcilaso, de la visión general de Garcilaso y el propósito fundamental de Garcilaso. Parece de otro lado, un hidalgo un tanto pacífico; más cuenta de la muerte y los arcos portugueses que de las hazañas que ellos pudieron realizar. Además, da la impresión de que extrañara sus campos nativos (tal vez alguna hacienda pequeña que pudo tener cerca de Elvas), porque hay en él cierto sentido botánico, cierta delectación en describir las nuevas plantas, no en un catálogo científico ni en la forma del interés humanista de la historia del Padre Acosta, por ejemplo, sino de un modo más concreto. Hay algo de emoción práctica —pero emoción al fin y al cabo— del hombre que ve las plantas, que conoce las plantas, que compara sus nombres, piensa en sus frutos, se siente encariñado con este ambiente; como un hidalgo que de regreso de su empresa guerrera, prefiere tener un poco de reposo y de alivio rural.

En cuanto a las demás historias de la expedición a la Florida, hay dos que no sabemos si conoció Garcilaso en manuscrito, aun cuando todo lleva a suponer que no pudo leerlas. Una es la *Historia* de Rodrigo Rangel, incorporada al Libro 17 de la *Historia* de Fernández de Oviedo; obra esta última que Garcilaso conoció y poseía. Pero hay que tener en cuenta que el relato de Rodrigo de Rangel lo aprovechó Oviedo y forma parte de los capítulos 21 a 26 de aquel Libro 17, pero lo incorporó Oviedo tardíamente y en adición manuscrita e inédita, que sólo se ha publicado en el siglo pasado. En cuanto a la relación de Hernández de Biedma, ocurre algo semejante, ya que, según Muñoz, el manuscrito pasó, junto con varios más, al Consejo de Indias en 1544. Se sabe también de otro relato que fue cotejado indirectamente no por Garcilaso sino por un Cronista de Su Majestad a quien el Inca le envió *La Florida*. Por las cartas recientemente publicadas por Eugenio Asensio, se sabe que ese cronista real fue el ilustre Ambrosio de Morales, fuera de que también Antonio de Herrera pudo haber servido de lazo indirecto entre Hernández de Biedma y Garcilaso. Por lo demás, con la obra de Herrera: *Historia General de los hechos de los Castellanos en*

las Islas y Tierras Firmes del Mar Océano, la relación de lectura ha sido inversa, pues fue el Cronista mayor quien conoció y seguramente aprovechó la versión del Inca Garcilaso. En efecto, aunque la historia de Herrera empezó a publicarse en 1601, su relato de la expedición de Soto a La Florida se inicia en la Década sexta, que no salió a la luz sino en 1615. La obra de Garcilaso apareció, en cambio, en 1605, y ya hemos visto que estaba escrita desde antes.

Hay, por último, otras fuentes escritas, aunque no históricas sino literarias, que tal vez conviene recordar. Así, las *Elegías de Varones Ilustres de Indias*, de Juan de Castellanos, que Garcilaso poseyó y conoció y donde hay también una breve descripción de La Florida:

*la tierra con verdores se matiza
y desde lejos buen color esmalta;*

un elogio de las virtudes de los indios:

*Son los floridos todos bien dispuestos,
membrudos, recios, sueltos, alentados;*

y una referencia al propio Soto:

*a la misma conquista, vino Soto,
Capitán de Pirú, muy valeroso.*

Y también, aunque no se refiere a *La Florida*, se debe recordar en este punto y en relación con el elogio de los indios a otros poemas ilustres: *La Araucana*, de Alonso de Ercilla. "Araucana en prosa", dice la frase de Ventura García Calderón, tan repetida, como definición de *La Florida*. Y el poema de Alonso de Ercilla podría subtitularse también en cierto modo como la obra del Inca Garcilaso que cuenta las hazañas de "heroicos caballeros, españoles e indios".

No entraré en el cotejo de aquello en que coinciden, o en que discrepan, Herrera, Biedma, Rangel, el Hidalgo de Elvas, Garcilaso, pues lo interesante es lo que el Inca ornamenta y añade. Lo que hace principalmente Garcilaso es hermosear y ampliar, a su manera, lo que los otros cronistas no relatan sino en una forma reducida y escueta. Su labor literaria no consiste por eso en una deformada, o hasta engañosa, alteración, sino en un retoque hábil y una coloración de la verdad, que él arregla, compone y embellece, sin tergiversarla en lo esencial, pero llegando a cubrir los vacíos con e'

liviano manto de lo conjeturado o lo soñado. Así Antonio de Herrera alude ligeramente a Juan Ortiz, pero Garcilaso narra ese mismo episodio en varias páginas, bautizándolo en forma novelesca: "la mala vida del cautivo cristiano". Rangel refiere la riqueza del templo encontrado en Tolomeco, en la región de Cofachiqui, que el Hidalgo de Elvas no menciona; pero Garcilaso lo describe con la delectación morosa y la minuciosidad ornamentada con que se describen los palacios en las novelas de caballerías. Los otros testigos presenciales pasan casi por alto la toma del fuerte de Alibamo, pero Garcilaso, que recibió el relato de los labios interesados de Gonzalo Silvestre, actor directo en la tal empresa, la agranda y la enaltece hasta asignarle un relieve imprevisto. Donde Rangel menciona brevemente los trabajos de Añasco y sus soldados por la región de Cofachiqui, el Inca Garcilaso se esmera en narrar el patético episodio donde aparece Juan de Añasco seguido por treinta caballeros, saliendo en busca de la Señora Viuda. Y en donde el mismo Rangel —en el relato recogido por Oviedo— escribe en forma concisa que la Señora de Cofachiqui era moza y de buen gesto, "e quitóse una sarta de perlas que traía al cuello, e echóse la al Gobernador", el Inca Garcilaso habla de perlas grandes como avellanas, unidas en una sarta que le daba tres vueltas al cuello a la Cacica, y de las que al fin ésta se desprendió, con tan lenta y solemne ceremonia, que tardó en quitársela todo lo que duró la larga plática.

Pero junto a las llamadas a la realidad de la versión oral de Gonzalo Silvestre y sobre el cotejo de las fuentes escritas, había algo que iba también apartando a Garcilaso de sus posibles excesos literarios: el recuerdo constante, la presencia lejana pero viva, llena de calor humano, del Perú. En realidad, con la tardanza en la publicación de *La Florida*, no solamente vuelve a escribir la obra, como él dice, con los relatos de Carmona y de Coles; no sólo la retoca después y desglosa la *Genealogía* de Garci-Pérez de Vargas; no sólo saca en 1602 las noticias sobre el nombre del Perú para pasarlas a su sitio lógico, que fueron los *Comentarios Reales*, sino que se observa en todo instante cómo va creciendo en Garcilaso una preocupación general por el Perú. "De esto trataremos más largo en la Historia de los Incas", afirma, por ejemplo, al referirse al mundo alto, o cielo, y al mundo bajo, o infierno, en el Libro V, segunda parte de *La Florida*. Las batallas de Pedro de Valdivia con los araucanos, dice, "las contaremos en la Historia del Perú". En otra parte cuenta que, además de las balsas y oroyas, los indios del Perú

pasaban los ríos por unos puentes de mimbre o de junco, "como diremos en su propio lugar". A veces teme que los años no le alcancen. Así, al hablar del propio Gobernador Hernando de Soto, recuerda que fue el primer conquistador español que vio al Inca Atahualpa, "como diremos en la propia historia del descubrimiento y conquista de aquel Imperio, si Dios Nuestro Señor, se sirve de alargarnos la vida, que anda ya muy flaca y cansada". Pero son sólo desfallecimientos momentáneos, porque sus propósitos de escribir las dos partes de la historia del Perú son evidentes, como se observa en las frases expresivas que hay en varios pasajes y sobre todo en el episodio ya mencionado, de quitar el capítulo sobre la explicación del nombre del Perú para incorporarlo a los futuros *Comentarios Reales* que estaban ya por terminarse en 1602.

Aunque no en forma tan palpable, esa preocupación por el Perú, y el consiguiente anhelo de escribir, no la narración de una tierra no vista sino la historia de su tierra nativa, se revela en otros pasajes definidos. "Soy natural —expresa Garcilaso— de aquella tierra (del Perú) y no de otra". Al referirse a los protagonistas de la expedición a la Florida, recuerda que Hernando de Soto estuvo en el Perú; cuenta que uno de sus compañeros, Hernán Ponce, tuvo en tierra peruana un repartimiento de indios que le concedió el Marqués don Francisco Pizarro y que otro, Antonio Carrillo, participó en la rebeldía de Hernández Girón; recuerda a los Trece de la Fama; alude a las alteraciones de la época de Gonzalo Pizarro y a las guerras civiles del Perú. Al describir las costumbres de los naturales de la Florida, piensa en las balsas del Perú, en las tiraderas o bohordos y en las alpargatas de cáñamo; dice que entre los indios del Perú, al Capitán General se le llama *Apu*, y que se usa la expresión "10 y 10 veces", por decir "muchas veces"; alude a las supersticiones y a las costumbres matrimoniales de los Incas y elogia el valor nutritivo del maíz como forraje para los caballos. En lo que se refiere a los productos de los tres reinos de la Naturaleza, habla de los leones o "pumas", de la falta de uvas y de pavos, del oro y la plata del Perú y la vasta riqueza de las minas.

A veces se lamenta de haber olvidado mucho el quechua o *runasimi*, que era la lengua general de los Incas. Sin embargo, sabe distinguirlo del idioma de los habitantes de las riberas del Caribe y de la región de la Florida. Así, a quien en el Caribe se le llama Cacique —dice él— en el Perú se le llama *Curaca*; lo que en la zona del Caribe es maíz, en el idioma quechua es *zara*; a la calabaza y al guayabo, en la lengua del Cuzco se les conoce por *zapallo*

y *savintu*. Y al narrar el dramático episodio de Juan de Añasco y los treinta caballeros que van en busca de la Señora Viuda, comenta el tradicional y displicente "quién sabe" de los indios, declarando que es frase común en el Perú decir, por una persona o un lugar, que puede ser que esté cerca y puede ser que esté lejos.

Estos elementos o estos ingredientes que se pueden hallar en *La Florida*, sirven para refrendar la idea de que se trata de una obra de equilibrio entre la historia y la literatura, entre lo espontáneo y lo aprendido, entre el Garcilaso crítico y el Garcilaso creador. Equilibrio que después se va perdiendo, porque cuando se trata de escribir no la historia de la Florida (tierra no conocida y con empresas de Capitanes a los que él no alcanzó), sino la historia de su propia tierra, doblemente suya por la sangre ilustre e imperial de Chimu Oello y por la sangre ilustre y española del Capitán Garcilaso de la Vega, el Inca Garcilaso siente que no tiene necesidad de aprender tanto en los libros y de sentir tan altamente la influencia humanística. Y entonces, conforme va avanzando, conforme ahonda en el tema del Perú, en las dos partes de los *Comentarios Reales*, aunque hay siempre ornamentos literarios, aunque se mantiene el sentido de la composición, aunque hay elementos aprendidos en los historiadores, sentimos que el Inca Garcilaso se va como liberando o como desembarazando de las preocupaciones literarias, para romper el equilibrio a favor de lo vivo y de lo auténtico, a favor de lo sentido, de lo padecido, de lo experimentado tal vez en carne propia. Y es así como quiero terminar, después de haberme detenido en el largo y brillante momento de preparación de *La Florida*. Hay un equilibrio, vuelvo a decirlo, que se rompe después. Y podemos pensar entonces que cuando Garcilaso tiene entre las manos el tema vibrante y tan hondo del Perú, se olvida un tanto de la literatura, y en lugar de buscar reflejos o influencias externas, en su lejano retiro de Córdoba, pero pensando en su tierra peruana, siente que algo le brota desde dentro, y de dentro hacia fuera va modelando, en su obra fundamental: los *Comentarios*, la fisonomía espiritual del Perú.